

Un artista de la ceguera

Javier Leyva



Image not found.

Capítulo 1

Es un cuarto pequeño. En el centro del techo cuelga un único foco del que emana, bifurcándose en destellos opacos, una lucecita que apenas disimula las formas de los escasos enseres, dispuestos, entre otras cosas, para crear una falsa sensación de amplitud. Las sombras de los objetos vagan, irregulares, sobre las escuetas paredes manchadas de humedad y salitre. En ese cuarto vive él. Él que ahora, mientras todo es llano e impoluto silencio, sueña que es un niño hermoso sentado en el regazo de su madre: la madre muerta, lejana, anhelada, desconocida. Y lo curioso del sueño resulta en que el rostro de la madre se pierde detrás de un extraño velo de oscuridad, o una barrera de humo, o algo indefinido que le impide ver con precisión sus facciones. Y descubre que en realidad sueña que imagina toda la escena: es un ciego tirado en la banqueta imaginando un pasado inexistente. Todo es oscuro y turbio, el sueño y la vida.

Él, que en otro tiempo, vivió en una parte menos lúgubre de la ciudad, un barrio céntrico de espacios amplios y olores neutros, diferentes a la mezcla que puede distinguirse aquí: aromas pesados y mohosos que irremediable y afortunadamente inundan cada rincón de su habitación y funcionan como un potente somnífero.

Es cierto, y él lo sabe. Porque en otro tiempo podía tomarse los fines de semana, los días de asueto, perderse en ciudades o pueblos de provincia, e instalarse en alguna posada u hotel del casco del lugar, algún sitio cuyos precios no mermaran su economía. Y se pasaba las mañanas recorriendo lugares perdidos, librerías polvorientas, museos municipales poco interesantes, vecindades deprimentes, lugares enrarecidos, carentes de multitud, y no muy entrada la noche regresaba a su habitación. No apenas marcaba el reloj las nueve se perdía en sueño placido e imperturbable, sólo interrumpido por la disciplina del reloj corporal. Nunca se desvela, y hasta donde alcanza a recordar, hasta donde ese tope de la memoria que por algún motivo no va más allá de los once o doce años, dando las ocho y media de la noche sus ojos se transmutan en un par de rocas pétreas, o en un par de meteoritos, que por otra parte, si vale la analogía, son también rocas muy pesadas. Siempre era mejor ir lo más lejos posible, lugares en donde fuera poco probable encontrarse con alguien de la ciudad. Nunca eran suficientes todas las precauciones tomadas; sabía bien que algún descuido, la semilla de un rumor, y la inmaculada carrera a la cual había consagrado toda su vida, esa labor de años labrada con el esfuerzo de una hormiga obrera, de poco a poco, de ir ganando terreno, se vendría a bajo.

Las personas en esa época eran más caritativas, recuerda. Algunas veces, tiempo después, se hizo la idea de que no eran las personas, sino la terrible situación económica del país: el déficit presupuestario, la inflación

de los precios, el colapso de la banca, todos esos conceptos extraños, ajenos a él, que oía repetir una y otra vez a los oscuros hombres del noticiero nocturno, o a la gente que pasaba cerca de él, por alguno de los puntos de su elección. Puntos, que por otro lado, eran escogidos meticulosamente. Había atendido a una cábala personal y a un vago entendimiento de probabilidad y estadística, pues según sus cálculos concluyó que estar siempre en el mismo lugar no sería rentable para su empresa. Además pensó, quizá con cierta razón, que las personas, siguiendo una extraña y reticente rutina, caminaban diariamente por el mismo lugar, como siguiendo un rastro invisible, a la misma hora, por las mismas calles, puntualmente cada día, con escasas o nulas variaciones; las diferencias en su entorno eran tan minúsculas que apenas podían percibirse, sólo si se era muy observador y se tenía el tiempo para hacerlo, como él. Y estas personas tarde o temprano, por muy caritativas, o sentimentales, o mentirosas que fueran, en algún punto avanzada la semana olvidarían, con el paso de los días, su renovada bondad inicial. Imaginó todo un círculo infinito en su cabeza, en donde todos los días, todas las personas regalaban su dinero, en donde se encontraría con una sólo una vez por semana. Había inventado entonces un rudimentario sistema de rotación clientelar. El negocio comenzó a funcionar, la técnica utilizada había empezado a rendir sus frutos, era un reivindicador de los sistemas empresariales, un moderno y callejero Fayol. Las ganancias iban en aumento, y algunos días, los más, tenía que hacer varios viajes a su departamento a dejar billetes y monedas que ya no cabían ni en las bolsas de los pantalones ni en la jícara de plástico que usaba para recabarlos. Muy intuitivamente, pensaba también, que si otras personas se daban cuenta de lo bien que iba el día, seguramente el remordimiento no tendría efecto en ellas. Entonces era mejor mantener la jícara y los bolsillos, cuanto más pudiera, vacíos. Así eran esos tiempos, prometedores y abundantes, pero igual el destino siempre se encarga de hombres como él. La modernidad lo alcanzó pronto, quizás no a él, pero sí a la ciudad, sí a sus avenidas y a sus habitantes, sí a su ritmo cada vez más agitado, creciente a paso lento, como la marea de las costas tranquilas. El ritmo de los años recientes había empezado a causar estragos, y los cuatro viajes diarios que hacía al departamento para dejar billetes y moneda habían disminuido a razón de uno cada cinco años, por lo que al cabo de quince, sólo tenía que realizar el recorrido una vez por día. Es la economía del país, solía decir para sí mismo. Pero la realidad era que las personas prestaban poca atención a su presencia. Cambió de estrategia después de pensarlo un tiempo. Decidió entonces ponerse de pie en lugar de permanecer sentado en el suelo. Esperó paciente a que las monedas empezaran a llegar, pero la postura recién adoptada no trajo cambios significativos, apenas algunos ancianos se compadecían. También había niños, quienes, a diferencia de los adultos de mediana edad, sí notaban su presencia, jalaban del brazo a sus padres, y en un mínimo porcentaje de las veces los persuadían para arrojar algo de dinero; más por diversión que por caridad, pues es bien sabida la crueldad e indiferencia ante el dolor de los pequeños. En ocasiones, alguno de esos niños no media bien

su fuerza y arrojaba las monedas muy cerca del rostro, pero él, que no era improvisado, que estaba bien entrenado, que entendía por trabajo el concepto más serio y acaso sagrado del mundo, nunca mostró el mínimo indicio de un reflejo, la contracción del ceño o algún parpadeo revelador. A veces, cuando las monedas golpeaban su cara, solo cuando sentía el frío metálico golpear sus mejillas o su frente o su nariz, emitía un gesto benevolente, de liviano dolor.

Por ese tiempo notó que en todos los lugares a que diario acudía a desempeñar su trabajo, fueran estos parques, alamedas, plazas o cualquier otro espacio concurrido, empezaba a incubarse una creciente multitud de personajes perturbadoramente parecidos a él. Si bien no demasiado cerca, sí a una distancia a la cual podían considerarse competencia. No importa, pensó, tengo mi clientela. Pero esas palabras que golpeaban su mente eran solo para engañarse a sí mismo, porque bien sabía que los viajes a llenar la alcancía ya no eran necesarios y que en algún momento tendría, irremediablemente, que abandonar su departamento. Ese departamento del cual se sentía orgulloso y en el cual había hecho algunos amigos, y en el cual también se había enamorado, y en el cual había pasado noches contemplando la soledad y escuchando voces ajenas decir algunas verdades, algunos secretos. Para alguien como él era un logro importante salir de la periferia e instalarse en un lugar céntrico de la ciudad. Muchos de sus vecinos llegaron a sentir admiración por él, e incluso, por qué no decirlo, una lástima de esa que se confunde con cariño. Desde luego que él, al atravesar la puerta hacia afuera, se consagraba rigurosamente a su quehacer histriónico y ninguno de sus vecinos albergó nunca la más leve de las sospechas. Era con los que compartía pared con quienes más intimidad había creado. Era casi una conexión tácita, cimentada en el hecho de que las delgadas paredes no suponían un impedimento para llegar a conocer los secretos familiares más profundos, los pleitos diarios, o las alegrías y los momentos amenos, que eran los peores porque le punzaban el alma. Y estas personas lo sabían y así lo aceptaban. También el hecho de que esa apertura de intimidades no era recíproca, ya que él no hablaba con nadie, no tenía secretos que contar a nadie, y eso suponía una desventaja en ese extraño juego que incluía los saludos matutinos, triviales y de una hipócrita cortesía, como si nada hubiera pasado o nada se hubiera dicho la noche anterior.

Con Lucía, que era la casera del edificio en donde vivía, las cosas eran diferentes: o al menos así lo creía él. Una mujer de mediana edad, de un rubio cenizo, ojos claros y un cuerpo más bien bastante fornicable a sus cuarentaitantos años de edad. No era la dueña del condominio, o eso decía. En realidad era quien lo administraba y mantenía, bien cabe decirlo, con un esfuerzo sobrehumano, ya que los dueños, sus primos, vivían en otra ciudad, y a cambio de su trabajo le permitían vivir en el apartamento del último piso, eso, más la pensión de su ex marido, le daban para sobrellevarla más o menos. Era divorciada y había tenido un hijo después

de mucho internarlo con su marido, un niño callado y parsimonioso, de aspecto poco saludable. Cuando él aún estaba en el edificio era apenas un niño. Ahora quizá sea un adolescente, o un joven tirando a la adultez. No lo sabe con exactitud. La mente ya comienza a fallarle. Lucía había sido hasta entonces lo más cercano a que entendía por amor, o tal vez sólo el deseo confundido con el amor. Le atraían sus pechos y sus caderas anchas, que además incluían un par de nalgas paradas y redondas. A veces, entre sus pensamientos nocturnos, un terrible remordimiento lo angustiaba: en su mente, pensar en ella de forma erótica, contrastaba con la idea que tenía del amor. Esas ganas de querer cogerla manchaban lo que creía un sentimiento inmaculado; constantemente sufría ataques de un violento remordimiento que lo mantenía en vela gran parte de algunas noches, especialmente aquellas en las que el frío transcendía los huesos. Casi a diario, cuando por fin lograba conciliar el sueño, soñaba con penetrarla, y esa traición onírica del subconsciente lo angustiaba aún más. Fueron muchas las veces en que Lucía lo invitó a cenar en su apartamento en el último piso del edificio mientras su hijo dormía en una pequeña habitación. Pasaron noches enteras platicando de sus vidas. Él, en realidad, de la mentira que había inventado por vida, es decir, de su vida anterior a conocerla. También contaba anécdotas en exceso rebuscadas para alargar lo más posible aquellas veladas. Y es que ella, en el contexto de la situación, la mayor parte del tiempo era descuidada con su forma de vestir, con sus poses, con sus movimientos, que muchas veces revelaron partes del cuerpo con las que había soñado tocar y besar. Usaba shorts muy entallados de licra, blusas delgadas sin sostén, o incluso, en ocasiones, simplemente permanecía en bragas, unas lindas braguitas de encaje que acentuaban la redondez de su hermoso culo, con una playera muy corta en la parte de arriba, es cierto, pero abajo solo las bragas, como para dormir. Esas imágenes servían para su imaginación, para sus proyecciones nocturnas, para esos sueños de olímpicas folladas. Aunque es verdad que ella nunca tuvo el mínimo interés por él. Más que nada le producía tristeza, no una tristeza amarga, sino una tristeza dulce, casi adictiva. Además creía en él como un buen amigo, que ponía atención a sus insípidas anécdotas, a sus confesiones, un amigo leal y desinteresado.

-A los siete años mi madre me quemó la espalda con una plancha-. Le dijo a Lucía durante alguna conversación. Aquello por supuesto era mentira, apenas recordaba un par de sucesos de su infancia que no incluían ese episodio. Lo habría dicho abruptamente, sin un contexto previo que enmarcará aquella frase desolada- Era una buena mujer, que se fregó por nosotros, pero yo hice algo muy grave para hacerla enojar, algo que ahora no recuerdo, siempre la hacía enojar, siempre le hacía la vida aún más difícil, por eso no la culpo, yo por entonces no era una buena persona. Después lloró y me pidió perdón durante días, y me curó la quemadura con compresas frías, con pasta de dientes, pero la herida, supurante y dolorosa no sanaba; durante semanas no pude dormir boca

arriba.

Lucía frunció el ceño y la boca, negó un par de veces con la cabeza y golpeó el borde de la mesa con los dedos índice y anular, como buscando algo sensato que decir, pero sólo atinó a preguntar:

-¡Ah!

-No sé cómo explicarlo, pero yo sentía, y aun siento, que durante esa etapa de mi vida fui un ser malo, vengativo, lleno de odio. Fui un niño difícil, más que la mayoría. No recuerdo cuál fue el motivo en realidad. No es que me cause ningún resentimiento ni me quejo de todas las cosas que tuve que ver y vivir, vivir en carne propia, más bien fue un recuerdo que me vino a la mente en este momento. Supongo que todas las madres por instinto hacen el mejor intento, y la mía estaba sola y frustrada y no la juzgo por lo que hizo, era una mujer ignorante y joven y pequeña en todos los aspectos, no tenía otra opción, no conocía más que la violencia, y no sé qué más decir.

-Quizá tengas razón. La forma en que las madres actúan debe de ser una de las cosas más extrañas del mundo. Igual y así no hay justificación para quemar a un hijo. No te ofendas, pero es de gente muy mierda. En verdad discúlpame por mis palabras, pero es el único adjetivo que puedo utilizar en este caso.

- En realidad no lo sé, y no me ofendo, hace años que murió, y aunque de niño me engañaba a mí mismo, ya de adulto tuve que aceptar que en realidad nunca la quise, su presencia fue un mero símbolo, un espacio llenado por error, al ahí se va, como dices, de gente mierda, eso es lo que éramos.

- No no no, no me refería a ti... ¿Sabes? mi mamá también fue una hija de la chingada, tal vez no de esas magnitudes pero tenía lo suyo. Voy a contarte una historia que hasta hoy sólo tres personas conocíamos, las mismas tres personas que formamos parte de la anécdota.-Sin duda alguna el alcohol la había relajado y le había soltado la boca.- Cuando tenía doce años tuve un novio con el que me acosté por primera vez. Todos los martes mi madre iba al mercado por la mañana y la casa se quedaba completamente sola, así que un día, sin más, él y yo, acordamos no entrar a la escuela e ir a mi casa para hacerlo. Para no alargar la historia nos metimos en el cuarto, y cuando por fin, después de muchos intentos pudo penetrarme y comenzó a moverse suavemente, con el ritmo adecuado para no sentir dolor y experimentar por primera vez el dulce y asfixiante placer del orgasmo, de aquel interrumpido y efímero orgasmo infantil, mi madre, sin sonido previo, como si hubiera intuido nuestro plan, sabiendo ya lo que pasaba adentro por los sonidos inconscientes que emitíamos, entró a mi habitación con una cubeta de agua helada y nos la arrojó encima, después golpeó repetidas veces la espalda de mi novio con

un palo de escoba y le aventó su ropa en la cara. El pobre apenas alcanzó a ponerse el pantalón para salir huyendo de la locura de mi madre, de aquella horrible casa. Nunca más hablé con él, en la escuela me daba pena topármelo, le volteaba la cara cada que podía, y creo que después de tantos años llegué a la conclusión de que él quería hablarme, tal vez arreglar las cosas, y creo que eso hubiera cambiado mi vida, pero yo se lo impedí con mi actitud, era casi un niño y seguramente no supo qué más hacer. Ha pasado mucho tiempo de eso y aún pienso en él y lo recuerdo con una claridad que no aplica para ninguna otra persona que haya dejado de ver. Durante días mi madre decía que yo era una putita, que nunca encontraría a alguien que me quisiera de verdad, que ya estaba marcada, que ya no podría regalarle a nadie que valiera la pena mi virginidad. Quizás tenía razón. Así fue el inicio de mi vida sexual, atropellado. Se llamaba Julián. Después, cuando tuve otros novios y me acostaba con ellos por primera vez, cerraba los ojos e imaginaba que era Julián haciéndome el amor. Cuando les pedía que eyacularan adentro de mí no era porque quisiera que ellos lo hicieran, sino porque quería imaginar que era él dejándome su tibio semen dentro. Suena horrible, lo sé, pero es la verdad, incluso con mi esposo lo hice: cerraba los ojos, imaginaba su rostro, su cuerpo delgado moviéndose encima de mí, y lo disfrutaba, y me remordía y la puta culpa me comía por dentro cuando terminábamos, cuando desayunabas juntos por las mañanas, solos, en silencio, esperando que algún esperma me hubiese fecundado la noche anterior. Pero qué pendejadas estoy diciendo, me fui muy lejos, todo esto era por lo de las madres crueles y ahora te aburró con estas tonterías. Mi madre murió hace algunos años. Los pleitos de la juventud quedaron atrás y cuando crecí mantuvimos una relación no afectuosa, pero al menos cordial.

Aquellas palabras le resultaron muy perturbadoras, en realidad no entendía la apertura con que Lucía le había contado esa historia, ella jamás se había atrevido a hablar de forma tan holgada de su vida privada, y aunque le dio gusto esa libertad, esa intimidad verbal, lo cierto es que fue perturbador. En su mente logró desarrollar una imagen muy nítida de la pequeña Lucía, de su pequeño y rosado coñito siendo penetrado por el pene de su novio. Sintió envidia de aquel adolescente que sin mayor esfuerzo, acaso con unas cuantas frases persuasivas había logrado desvirgarla, entrar en ella por primera vez, sentir el calor y la humedad de su sexo recién estrenado, pulcro, estrecho. Pero también lo amó por un momento, quiso conocer su verga, tocarla, averiguar su tamaño, sentir aquel tejido que había entrado y salido de Lucía, que había rosado y acariciado la parte más precisa de su cuerpo. Se lamentó por no ser aquel adolescente, por no haber sido nunca un adolescente ni haberse acostado con una adolescente ni haber sido amado y recordado por ninguna adolescente. Pero también alegría por ser el recipiendario de aquella extravagante confesión. Tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la punzante erección que había conseguido. Sintió el cuerpo tenso y una mezcla de sentimientos recorriendo y enfriando su cuerpo. Apretó los

dientes y los ojos. Experimentó un profundo odio hacia todas las personas, tuvo ganas de lanzarse encima de Lucía, de ponerla sobre la mesa, pero desde luego no se atrevió a hacerlo. Respiró profundo durante algunos segundos y cuando al fin logró tranquilizarse solo alcanzó a decir:

-Qué bueno que todo haya salido bien-. Cosa que Lucía, está por demás decirlo, no entendió, ni hizo un esfuerzo alguno por hacerlo.

Fue por ese entonces o un tanto después cuando dio la noticia a Lucía. En una semana desocuparía el departamento, y como suponía sus palabras fueron una desagradable sorpresa para ella. Incluso intentó persuadirlo, casi le suplicó, le prometió que buscaría un descuento en el costo de la renta, habló también de hacer una colecta con los vecinos, de tramitarle un apoyo del gobierno. Habló de muchas cosas inverosímiles y casi estuvo a punto de convencerlo. Por un momento de inocencia y credulidad pensó que quizás podría encontrar otro trabajo, en otro lugar, cambiar de aires. Aunque en realidad no tenía experiencia en ningún otro ramo, y la mitad de la ciudad sabía de su situación, así que seguramente nadie, por mucha tristeza que produjera, por mucha lastima, le ofrecería algún trabajo, al menos uno que alcanzaría para mantener su hasta entonces modesto pero decoroso estilo de vida. Así que al final se negó.

Ahora las personas andan más a prisa, nunca notan su presencia, cada día portan artilugios más modernos y extravagantes que los distraen de lo terrenal, de lo real, parecen ocupadas en cosas importantes por la bocina del teléfono. Así es lo moderno, supone. Pocos son los que se compadecen y le dan algo de sus monederos, a veces, algún contacto blandengue en el hombro, con un dejo de repulsión, que sin embargo, mentalmente agradece. Nadie cruza miradas, las cortesías de antes han muerto. No es que sólo a él lo ignoren, no, en realidad es que nadie nota la presencia de los otros, y eso le alivia en algún momento, es un paliativo. No es sólo conmigo, se dice, y esas ocasiones le alegran patéticamente el día. Ahora los ancianos ya no salen a las calles, los niños sólo lloran y montan en los brazos de sus padres, las horas se consumen lento y rápido al mismo tiempo, o acaso esto siempre ha sido así, la vida y el tiempo y los sucesos son cosas sobremanera inestables, impredecibles. Ahora él se pierde entre el paisaje urbano, entre los árboles, entre los autos, entre las monstruosas edificaciones, se ha convertido en un adorno más del río de voces, de sonidos, de formas y colores que componen la orquesta de la vida, de la vida en este tiempo, en este lugar. Todo sucio, todo polifónico, todo asqueado y rotundo y ruidoso y brillante, de un brillo falso, todo, todo es pasajero, y rápido, y nuevo.

Ahora vive aquí, en este mosaico de desgracia humana, desprovisto de sus antiguos muebles que vendió porque eran demasiado grandes para esta pequeña habitación de vecindad. Una habitación de vecindad perdida en un suburbio alejado del centro, una periferia deleznable; con calles

sucias y árboles secos, casas con la pintura desgajada y paredes de tabiques desnudos, entre personas hurañas y amargadas por la miseria y por la ira del estancamiento, del tedio que solo se disuelve con el falso mito del dinero, ese papel que representa transacciones, el patrón oro, cosas abstractas, abyecto título que hiere a los pobres, siempre el puto dinero tergiversando para mal el destino de las mayorías. Ahora pasa las noches contemplando las sombras de una mesita y una silla, del diminuto frigobar, de una estufa portátil. Ya no escucha los susurros de sus vecinos, el ronroneo de los gatos domésticos. Lucía solía visitarlo de vez en cuando para llevarle algo de comida y obsequios sencillos para adornar el lugar, para darle algo de vida como solía decir. Sostenían pláticas desangeladas en las que los monosílabos podían contarse por decenas o por cientos. Poco a poco las visitas se hicieron más dispersas, hasta que finalmente dejó de verla, aunque aún conserva el ánimo para pensar que un buen día se presentará a su puerta, parada con el garbo y la gracia que la caracterizan, con algunas bolsas de alimentos, con su fresca sonrisa juvenil. Extraño en él no sintió tristeza o rencor, entendía las dificultades que suponían trasladarse hasta aquel alejado lugar con sus ocupaciones en el edificio, con su hijo. Aún sueña con ella pero de formas distintas, sueños raros, en los que en ocasiones haces las veces de su madre, lo cual le parece normal y obvio, ¿quién más podría ser su madre?, y hay días en que cree que en verdad es su madre y que algún día vendrá por él. Al principio, sentía el viaje al centro en demasía pesado y deprimente. Poco a poco retornó a la rigurosa rutina autoimpuesta y asimiló la nueva situación con el estoicismo propio de los que han vivido todo. A final de cuentas ser un artista de la ceguera, ya no era un negocio en esta ciudad.